



# ¿QUE ES EL PERONISMO?

CESAR FERNANDEZ MORENO



Desde fines del siglo XIX, Estados Unidos viene acentuando su triunfal competencia con Gran Bretaña por el comando de las grandes potencias. En la esfera latinoamericana, su acción ostensible había comenzado por los países que le quedan más cerca: Santo Domingo, Venezuela, Guayanas, Cuba, Puerto Rico, Panamá. A partir de entonces, su poder internacional se irá extendiendo hacia el sur hasta hacerse evidente en la Argentina, a partir de la segunda guerra mundial del siglo XX.

La oportunista entrada de ese país en esa guerra fue una dura derrota diplomática para los ingleses, a quienes no les convenía que se integrara en una contienda donde el jefe máximo era Estados Unidos. Hubieran preferido que la Argentina siguiera en una neutralidad que implicaba cierta continuación de la dependencia tradicional. Al atarse al dorado carro de una victoria ganada sin luchar, la Argentina se transformaba también en un engranaje más del mecanismo de la paz que con más razón dominaba Estados Unidos: se definía su transferencia de la esfera económica británica a la norteamericana.

140 En el orden interno, la revolución de 1943 fue capitalizada de más en más por el coronel y rápidamente general Juan Domingo Perón. Más todavía ascendió en el orden político: primero, jefe de la secretaría del ministerio de guerra, luego secretario de trabajo y previsión, luego también ministro de guerra, luego vice-presidente, por fin presidente. Lo que es más, conquistó esta magistratura suprema por libre elección, celebrada en 1946. Reelegido en 1952 por otro período (para ello hubo que modificar la constitución), su dominio sobre el país se extendió hasta 1955, y llegó a contarse entre los más absolutos de su historia.

La conducta de Perón a partir de 1943 lo muestra como un improvisador en dos etapas. Primero como una especie de pianista desorientado que va tocando las sucesivas teclas políticas que tiene a su alcance ( el nacionalismo, el radicalismo, el partido socialista), para ver cuál vibra en su apoyo. A sonar todas a hueco, se ve en la necesidad de remitirse a su propia y original fuerza política, que ni él mismo creía tener. En un primer momento la llama laborismo, y en un segundo, afirmando su individualidad de jefe, simplemente peronismo. En esta su segunda etapa de autonomía política, Perón aparece como el desencadenador, no del todo voluntario ni consciente, de las fuerzas estrictamente populares que el burgués y declinante radicalismo no supo o no pudo representar a la altura de los años 40.

En todos los órdenes —social, económico y político—, el peronismo significó el cambio más importante acaecido hasta entonces en el país y durante el siglo XX: el poder político que había pasado en 1916 de la oligarquía a la burguesía, es compartido en el lapso 1946-1955 por el proletariado (en la medida y con las modalidades que se verán). Es en este sentido que puede

decirse que Perón ejecutó, si no una verdadera revolución, casi una revolución. Se limitó a instaurar un paternalista socialismo de estado, con algunos tintes fascistas. Las circunstancias que el peronismo fue concitando en su contra, lo llevaron por fin a disolverse en el infatuado personalismo de su conductor.

¿Fue Perón un político original, aportó algo nuevo a las líneas que son tradicionales en la Argentina? Disentimos con José Luis Romero cuando, separándose de su disyunción entre “liberalismo conservador” y “democracia popular”, introduce en su historia de las ideas políticas argentinas una nueva línea, que llama primero “fascista” y luego institucionaliza en “peronista” como continuadora de aquella en un común nacionalismo. Por el contrario, la personalidad de Perón y el análisis de su acción política, económica y jurídica, como así el de las fuerzas que sucesivamente lo apoyaron, muestran su movimiento como una continuación de la línea popular de Yrigoyen, que el propio Romero señala como clara heredera de la democracia inorgánica de Rosas, aunque reservando esta línea de acuerdo con su militancia política, para el partido socialista).

Cuando Uriburu liquidó el radicalismo en 1930, fue su preocupación impedir que los bandos políticos sobrevivientes se repartieran “los despojos del partido caído”. Siendo Perón el heredero de la revolución de 1943, que barrió a su vez las secuelas de Uriburu, se apoyaba simétricamente sobre una parte de aquellos despojos sobrevivientes. Pretendió apoderarse de todos ellos, y quiso presentarse como un Yrigoyen reidivivo, así como éste pudo imaginarse como un nuevo Rosas. Y no le faltaba razón a uno ni a otro: esta línea Rosas—Yrigoyen—Perón tiene claros ejes comunes; fundamentalmente, el reemplazo de la primacía liberal del individuo por conceptos colectivos, sea una clase social o la nación misma.

141

David Viñas nos ofrece un tentador esquema dialéctico. En 1916 triunfa el radicalismo, pero “si denuncia el Régimen y confecciona la Causa, apenas si es para crear una nueva dicotomía reiterativa: los Puros y los no-Puros, los abelitas y los cainitas”. Con la revolución de 1930 —dice Viñas— “los términos de la dicotomía Causa-Régimen se invierten, claro que solamente en el orden de subordinación: Pueblo-Turba. El Régimen anatematizado la víspera se transforma en la Causa triunfante. Y a la inversa. Los de arriba abajo y los de abajo arriba”. Perón —agregamos— retoma esta oscilante oposición y la invierte nuevamente: otra vez arriba los proletarios o *descamisados*, otra vez abajo la burguesía agraria, es decir los *oligarcas*.

La masa descamisada acapara así la significación del pueblo: “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”, decía uno de los slogans tautológicos con que Perón “peronizaba” el pensamiento de sus peronistas. Opuestamente, el régimen caído es tipificado en su faz más odiosa, y en este odio se incluyen de arrastre todos los valores que, en razón de sus mismos privilegios, pudo crear en sus inmediaciones. “Libros no, alpargatas sí”, decía otro de los slogans peronistas: cuando oigo la palabra cultura extraigo la pistola, decía Goebbels; la distancia entre la cruel sordidez de la pistola y la caótica popularidad de las alpargatas vendría a ser la que separa al fascismo del peronismo. De esta manera, el peronismo cae en otra

“dicotomía reiterativa”, sin dar fundamento inmediato a una revolución análoga, por ejemplo, a la cubana de 1959.

Más allá de la letra, en cuya falsificación se especializó Perón (por falta de sinceridad o de coraje, o simplemente llevado por su mitomanía); más allá de los papeles, es necesario buscar otra vez lo que tenía de real ese régimen que tan fuertemente gobernó durante una década. Es indudable que la educación militar y política de Perón lo llevó a reflejar la doble cara “revolucionaria y reaccionaria a un tiempo” del fascismo. Pero también es cierto que debajo de esos rostros bullía el sentimiento popular que ha impulsado a nuestras democracias inorgánicas a lo largo de nuestra historia. Entre 1943 y 1955 se dan sus dos elementos esenciales: el caudillo y el pueblo (los económicamente desposeídos, los que son denominados “trabajadores” por los políticos que los “trabajan”).

142



Perón asumía las típicas características del caudillo: ambición, personalismo absorbente, autoridad omnímoda sobre sus huestes políticas, postulación de cierto poder misterioso y providencial. Predicaba su propia excelencia en las virtudes atribuidas a la clase popular a quien y con quien gobernaba: él era el trabajador N° 1, era el primer afiliado a su propio partido. George Pendle, agudo visitante inglés de la época, prepara una biografía de Perón. Era —me dice— un hombre de agradable y cuidado aspecto que impresionaba bien a sus interlocutores. “Poseo —agrega Pendle— una colección de fotografías de Perón de joven, de estudiante y de militar. Siempre bien vestido, se ponía un chaleco blanco nuevo todas las mañanas. Tenía ese gusto de presentarse bien a la gente”. Nos viene a la memoria aquel ultra-oligárquico y pro-británico presidente Quintana, vestido en Londres y atildado hasta la afectación. Perón, concluye Pendle, “fue un gran deportista, que para los hombres es como bien lo sabemos en Inglaterra, una gran atracción”.

Por último, el caudillo alardeaba de una primacía que era indispensable para halagar el machismo nacional: “Perón es el más macho”, opinaban en un tiempo los portones de Buenos Aires que, veinte años antes, Borges había visto “opinar” *Yrigoyen*. Y aquí viene la natural complementación de ese macho: cuando Perón sintió aflojar su magnética, instintiva relación con las masas, acudió precisamente a la mujer, otorgándole el derecho al voto a cambio de su instinto. También les dió (o se le dió) un caudillo, bajo la forma de su alter ego femenino, Eva Perón. En conjunto, Perón y Evita constituían una pareja místico-político-sexual que resultaba ideal: llegaron a estar “en el corazón del pueblo” como decía Alberdi de su enemigo Rosas, y los Perón de sí mismos.

143

Durante la época peronista, convenía hablar del machismo de Perón, mas no de un correlativo “hembrismo” de Evita. Ella vivía rodeada por una corte de jóvenes admiradores y escritores, con quienes se reunía en ágapes periódicos, donde, por turno, debían honrarla con un poema. Quizá ella se enamoró de alguno de ellos, quizá alguno se enamoró de ella. Pero, ¿quién se hubiera animado a tocarla sin arriesgar la vida? Evita reemplazaba de hecho a las vírgenes del culto católico y a las santonas de los cultos populares; cuando murió, sus exequias fueron el equivalente porteño de la semana santa en Sevilla.

Del nacionalismo de estado, la clase obrera no había conocido más que las elementales protecciones que, desde su posición minoritaria, le había podido suministrar el partido socialista (prácticamente circunscripto a la capital federal). Perón le dió mucho más: el mejoramiento de su standard de vida (hasta que la inflación hizo ilusoria esa ventaja). Y mucho más todavía: una conciencia de clase, y este es otro de los puntos en que se apoya la casi revolución que él realizó. La clase obrera llegó a ejercer el poder, siquiera vicariamente, a ratos y a pedazos, a través de la cambiante voluntad de su caudillo, que pretendía representarlos fielmente gracias a una especie de continua revelación.

Pero también es neta en este terreno su limitación como presunto revolucionario: elegido y reelegido por una masa obrera que pudo haber modelado en el sentido que hubiera querido, Perón no aprovechó esa oportunidad para capacitarla y proyectarla a su máxima dignidad popular. Tampoco supo ni quiso crear a su alrededor una capa interesadora de dirigentes con personalidad: prefirió sistemáticamente a los incondicionales; frente a cualquier opción personal, eligió siempre al peor hombre. En esta forma, fue plasmando todo su contexto a la medida de su personalidad: la real identidad inicial de intereses entre el conductor y los conducidos fue disminuyendo, hasta desaparecer en la desintegración psicológica que sufrió el caudillo en su crepúsculo político.

La consecuencia de todo esto es rigurosamente lógica: en 1955 Perón es derribado por una revolución auto-titulada libertadora. Con beneplácito de los dos tercios del país, se instala en la Argentina un nuevo gobierno militar que promete el restablecimiento de la libertad y de la justicia, pero que sólo llevará a la restauración de la oligarquía, jaqueada pero no destruída, ni siquiera herida gravemente por los diez años de peronismo. Otra vez la inversión de la dicotomía, otra vez, simplemente, un golpe que devuelve otro golpe.

Los conceptos sobre el peronismo que he desarrollado en mi libro *La realidad y los papeles*, fueron escritos en 1956, inmediatamente después de levantada la irreductible "tapa" que ese aluvión político significó para la gente de mi edad; esto es, apenas eliminadas las posibilidades que ese movimiento nos había planteado. Esos conceptos, que podríamos llamar individualistas desde el punto de vista político y liberales desde el punto de vista económico, subrayan que Perón fue un hombre "malo", una persona que por falta de valores individuales, no quiso o no supo realizar un progreso sustancial en el gobierno de su país.

Estos conceptos tipifican la reacción media frente al peronismo de un integrante de la élite intelectual, desgajado de la global realidad argentina, tal y como había estado esa élite desde el modernismo en adelante, y con más razones —de hecho— durante el peronismo. Y no son propios solamente del sector individualista y liberal de esa élite. En análogos esquemas valorativos cayeron también, en su momento, los integrantes de la nueva generación intelectual que asoma hacia 1945 para alcanzar su plenitud en 1950. Esto sucedió hasta al no poco marxista grupo de la revista *Contorno*, y pese

a la promesa de no olvidar el contexto social que ese título implicaba. Pero, eso sí, había una autoconciencia de las limitaciones de ese juicio y esa actitud. León Rozitchner, uno de sus integrantes confiesa a la altura de 1955, poco antes de la caída del régimen: “¿Acaso no sabemos que nuestra tranquilidad actual es el precio de nuestra marginalidad, de nuestra inoperancia e ineficacia, del miedo que se hace narraciones y cosas faltas de interés, que no se refieren claramente a nuestros problemas ni siquiera en el orden subjetivo en el cual el escritor se complace en permanecer, porque lo interesante conduce al peligro? ¿Acaso no vivimos soslayando el peligro por medio de una *ineficacia buscada*, por la huída de lo general, y en la creación de mitos que esbozan para la mala fe una salvación futura?”.

Acaso el tiempo transcurrido permita ahora ser más objetivo, desplazando del foco de juicio la figura intolerablemente paternalista del caudillo, y encarando en su integridad el fenómeno social que él canalizó. Es muy distinta la perspectiva que ofrecía el peronismo a un intelectual inmerso en él, que la que presenta veinte años después, contemplado en escorzo.

La sociedad argentina se fue integrando más bien por grupos residuales: la primitiva y decadente población indígena originaria; la irregular milicia española, la azarosa masa inmigratoria. Sobre todos estos elementos se enquistó poco a poco una aristocracia terrateniente. “El proceso de concentración de la tierra en pocas manos —dice Jorge Abelardo Ramos—, comenzó al día siguiente de la revolución de Mayo... la clase terrateniente se consolida particularmente con los enfiteutas de Rivadavia y con las grandes distribuciones de tierra de Rosas... Después de Caseros todos los gobiernos entregaron a la voracidad terrateniente las mejores tierras del país”.

145

Considerada aisladamente, esta clase rica y bien educada presentaba una halagüeña superficie cultural: ante el extranjero, representaba sin más ni más a la cultura argentina. La revista *Sur*, su directora Victoria Ocampo y el núcleo de escritores reunidos alrededor de ella (entre los cuales sobresale Borges como un superdotado), ilustran claramente esta situación. cuando se quería exhibir al país, los otros planos sociales argentinos permanecían como ocultos, no pesaban.

Al tomar Perón el poder, esta situación se invierte y se enriquece. El proletariado es ascendido a grandes golpes demagógicos. Atraída por la acción del peronismo, se produce además una fuerte migración interna: la de los llamados (por los oligarcas) *cabecitas negras*. Esto es: gente del interior, gente coloreada, mestizos; una vez más los hijos de los antiguos gauchos; otra vez la Argentina precolombina, los descendientes actuales de aquellos argentinos “avant la lettre” que habían quedado relegados a los entresijos de la conciencia nacional.

La mayoría de estos inmigrantes internos pasan a engrosar la creciente clase proletaria industrial que abarrotó los alrededores de Buenos Aires, aglomeración que se extiende más y más a medida que recibe el doble aliento de Perón: como nacionalizador de servicios públicos, como impulsor de

la industria. Claro que la acción ensayada por Perón en este sentido no fue más allá de la industria liviana. Pero igualmente el cinturón industrial de la ciudad de Buenos Aires pasó a ser realmente argentino, y no casi europeo, como lo fue en sus orígenes inmigratorios. El peronismo tuvo su apoyo específico en esta nueva clase, en estos obreros hasta entonces baleados por la policía, aún por la de Yrigoyen en la semana trágica de 1919.

Otro no pequeño sector de "cabecitas" pasó a inflar el cinturón de Villas Miserias, reforzando la categoría de los desclasados. Este residuo suburbano preocupó a Martínez Estrada hasta hacerle exclamar: "¿qué es esto?", en el título de su libro sobre Perón, escrito también en 1956. En esta ocasión, el radiógrafo de la pampa no alcanzó a discriminar satisfactoriamente en qué medida el conjunto social que había sustentado a Perón estaba efectivamente formado por desclasados, y en qué medida era lisa y llanamente el proletariado industrial que correspondía a una nueva fase de la evolución económica argentina.

El campesinado fue favorecido, al menos formalmente, por el estatuto del peón y por las leyes de congelación de arrendamientos y suspensión de desalojos. Análogas leyes fueron impuestas en las ciudades, tendiendo en su conjunto a romper la pasividad latifundista o conventillera de los propietarios del espacio argentino. En cuanto a la burguesía, pequeña y media, fue olvidada y proletarizada hasta hacerla segregar su más insidioso resentimiento.

146 El rostro nacional promedio que Perón obtuvo como resultado de todos estos procesos salió, es claro, menos bonito que el de aquella afeitada, sobre nadante oligarquía consumidora de cultura europea. Por eso cuando Perón decía que estaba formando una "nueva Argentina" su expresión carecía de originalidad (había sido antes abundantemente utilizada), pero no carecía de contenido. Por el contrario: esta "nueva Argentina" se aproximaba mucho más a la "verdadera" Argentina, para usar este otro adjetivo tautológico, porque incluía a todos los argentinos, y no a una flor y nata económico-social. El británico juicio de Pendle es claro, práctico, objetivo: "siempre hay cosas buenas y malas. Pero de Perón y Evita quedan los hospitales, las nuevas industrias, las leyes para los obreros; la marina mercante queda".

Quince años después de su caída, todos los argentinos siguen enfrentados a los problemas duros y verdaderos que Perón queriéndolo o nó, puso sobre el tapeté nacional. Y los más jóvenes han ido elaborando un nuevo tipo de enjuiciamiento donde el individuo Juan Domingo Perón aparece absuelto de responsabilidad personal. "Lo que se llora tan fuertemente —dice Foucault refiriéndose a la actualidad del pensamiento occidental— no es la desaparición de la historia: es que haya sido borrada esta forma de historia que, secreta pero enteramente, estaba referida a la actividad sintética del individuo".

Perón habría representado, meramente, al devenir histórico argentino en busca de una integración más vasta. Sus hirientes aristas dictatoriales habrían sido el forzoso resultado de la emergencia de tiempos más difíciles que los

afrontados por el radicalismo de 1916. Y, de todos modos, el límite irreductible de todas las novedades que él aportó, fue dado por el inmovible poder de la aristocracia terrateniente devenida oligarquía. Esta clase fue estigmatizada verbalmente pero en modo alguno destruída, como lo demostró su renacimiento inmediato, ilesa, tras la caída de Perón.

Desde un punto de vista más revolucionario, algunos piensan que, con su acción demagógica y paternalista, Perón ablandó todo posible impulso subversivo en el proletariado argentino. Otros, por el contrario, agitan en la Argentina de hoy toda una corriente izquierdista que busca enfatizar el sentido revolucionario ínsito en el peronismo. No se trata sólo de un peronismo sin Perón, sino sin peronismo. La meierta huella dejada por este militar improvisado como político otra vez el tipo nacional del payador, sería la única que el pueblo argentino podría retomar y profundizar hasta obtener el pleno goce de sus derechos.

